



# Racionalidad Ambiental: Bioeconomía, Ecología Política y Ética de la Otredad

## Diálogo con Enrique Leff sobre la crisis civilizatoria

**Dimas Floriani**

Universidad Federal de Paraná, Brasil  
floriani@ufpr.br

Fecha de recepción: 17/6/2026  
Fecha de aceptación: 26/6/2026

***Racionalidade Ambiental: Bioeconomia, Ecologia Política e Ética da Alteridade. Diálogo com Enrique Leff sobre a crise civilizatória***

***Environmental Rationality: Bioeconomics, Political Ecology, and Ethics of Otherness. A dialogue with Enrique Leff on the civilizational crisis***

*Dimas Floriani: Soy Dimas Floriani, profesor de la Universidad Federal de Paraná. Hoy día tenemos el placer y la oportunidad de entrevistar para Tramas y Redes de CLACSO a Enrique Leff, pensador de múltiples trayectorias e inquietudes intelectuales, reconocido como uno de los principales referentes en el debate sobre temas ambientales en América Latina desde la década de 1970, mucho antes del despertar de una nueva conciencia entre intelectuales y sociedades acosadas por la irrupción y los desafíos de la*

Tramas  
y Redes  
Jun. 2026  
N°10  
ISSN  
2796-9096

### **Cita sugerida**

Floriani, Dimas (2026). Racionalidad Ambiental: Bioeconomía, Ecología Política y Ética de la Otredad. Diálogo con Enrique Leff sobre la crisis civilizatoria. *Tramas y Redes*, (10), 463-475, 10av. 10.54871/cl4c10av



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución- NoComercial- CompartirIgual 4.0 Internacional [https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es\\_AR](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR)

*violencia antropocéntrica ejercida por el Capital en la apropiación social de la naturaleza.*

*En tu reciente antología se puede leer la siguiente viñeta: “La obra de Enrique Leff es pionera en Latinoamérica en el abordaje de la cuestión ambiental”. Marcados por innovaciones teóricas, epistemológicas y políticas, tus escritos cuestionan la crisis civilizatoria que vive la humanidad. Al proponer la construcción crítica de la ecología política, la originalidad de tu obra reside en concebir el ambiente como un espacio de externalidad, de otredad radical con el logocentrismo de la ciencia, como un campo de disputas simbólicas, ontológicas y territoriales donde se confrontan diferentes modos de apropiación de la naturaleza.*

*Enrique, comenzaré con una pregunta sobre tu formación académica y tu trayectoria con apertura a nuevas experiencias vitales. Sabemos que desconectar a un autor y su obra del contexto histórico en el que se forjaron los fundamentos de su pensamiento ignoraría las dimensiones del imaginario social que tejió la trama de su elaboración. Sin embargo, existe una tensión entre teoría y experiencia, es decir, entre el mundo de las ideas y los filtros que cada pensador utiliza para interpretarlo. Perteneces a una generación en la que esta formación se nutrió del Mayo del 68, navegando entre tu experiencia mexicana y tu inmersión en la cultura francesa de aquel período. Se sabe ya, como tú mismo lo sabes muy bien que, desde Freud y Lacan, el sujeto está atravesado por fuerzas históricas y simbólicas que trascienden su conciencia, y que, aunque no esté condicionado únicamente por la historia, se encuentra internamente dividido, pues el inconsciente está inscrito en él. Por eso, Bourdieu al escribir su bosquejo de un autoanálisis, reaccionó de inmediato diciendo que no se trataba de una autobiografía, quizás por temor a contradecirse o a olvidarse de hechos. Sin embargo, siempre existen espacios y posibilidades para que el sujeto revise y reevalúe lo que lo impulsó a actuar, incluso si esto ocurre según la jerga lacaniana, de que fue algo en mí más que yo mismo lo que decidió. En tu caso, Enrique, ¿podrías contarnos acerca de tus años de aprendizaje y proyectos de vida intelectual y cómo lees aquel período desde una perspectiva actual?*

Enrique Leff: Gracias querido Dimas y gracias a CLACSO por abrir esta oportunidad de tener este diálogo con mi gran, viejo y querido amigo Dimas Floriani. De inicio debo decir que celebro que abras esta veta tan íntima y enigmática, sin duda innovadora e interesante para analizar esta obra suscrita bajo mi nombre, a la cual cada vez más me refiero diciendo que es “lo que la vida me ha dado a pensar”; un acontecimiento que va más allá de la asignación a un sujeto, a un nombre propio, donde como bien dices, fue algo en “mi más que yo mismo” lo que decidió. Y que abre a la pregunta: ¿Hasta qué punto un autor es el pensador de su tiempo?;

¿cuáles son los impulsos que subyacen a las circunstancias que conducen a las configuraciones epistémicas que un autor logra articular a lo largo de su vida intelectual? La pregunta sin duda se desprende del título de la antología de mi obra que he tenido el privilegio que tú mismo coordinaras, publicada por la UNAM, asignándole por título: *Vivir para pensar la vida*, y cuando lo que está en juego, en suspenso, es la responsabilidad y la capacidad de la humanidad para comprender, y para comprenderse en, las condiciones de la vida.

Esta reflexión inicial me lleva a una breve digresión que considero interesante sobre una referencia que hice en la conferencia que ofrecí el viernes pasado en la Suprema Corte de Justicia de la Nación de mi país, México, al ser invitado a hablar sobre Justicia Ambiental en el Día Mundial del Medio Ambiente. Recordé al primer pensador occidental —lo que Heidegger llamó “pensamiento inicial”— que dejó inscrito en un fragmento su intuición sobre las condiciones de la vida en términos de justicia e injusticia, en una temporalidad que trasciende los tiempos cósmicos hacia la historia humana, y que hoy podemos atraer hacia el concepto más actual de justicia ambiental. Me refiero a “la palabra de Anaximandro”, que se transmitió textualmente, de manera sintética, en la siguiente expresión: “Donde las cosas tienen su nacimiento, así, ahí también deben sucumbir en la perdición según la necesidad, porque deben expiar y ser juzgadas por su injusticia según el orden del tiempo”. Esta sentencia ha convocado a diversas interpretaciones, siendo la más famosa seguramente la de Heidegger, que la atrajo hacia su indagatoria sobre la “verdad del Ser”, antes que hacia la justicia de la vida. La referencia es sugerente, pero uno se pregunta hasta qué punto, Anaximandro podía haber intuido en el siglo VI antes de Cristo esto que hoy podemos entender en términos mucho más vivenciales en términos de justicia ambiental, y que remite a un enigma que a lo largo de la historia la humanidad no ha sabido descifrar y que puede enunciarse de la siguiente manera: ¿Cómo fue que de la vida misma surgió el orden simbólico que caracteriza a la humanidad y que se ha instaurado en la racionalidad de la modernidad, que hoy se manifiesta como la fuerza dominante que destruye la propia vida? ¿Hasta qué punto es posible considerar que la intuición de Anaximandro habría podido presagiar desde los filtros de su oráculo en Mileto, en los albores de la reflexión sobre la medida y desmedida del cosmos, en la emergencia de la Polis griega, la injusticia humana hacia la vida terrestre en el devenir de los tiempos históricos? Ciertamente dejaba allí inscrita la pregunta sobre los derechos existenciales de la vida —de todas las formas y órdenes de la vida— que hoy emergen como la mayor responsabilidad de la humanidad.

Para poner las cosas en el contexto de los tiempos históricos en los que ha transcurrido mi propia vida, en mi caso yo podría

efectivamente hacer algunas especulaciones sobre los enigmas que atravesaron mi existencia y que me llevaron a pensar la vida de la manera que la he pensado, particularmente la crisis o la cuestión ambiental en términos de una crisis civilizatoria que ha conducido a una injusticia hacia la vida. Sin duda allí convergen y se entrelazan diferentes circunstancias y tiempos históricos: desde aquellas genético-culturales que de manera trans-histórica pudieron definir mi carácter, la manera propia de responder a mi angustia existencial —ya Nietzsche afirmaba que el pensador piensa desde sus impulsos más profundos—, hasta los filtros que fui utilizando para interpretar la cuestión ambiental dentro del imaginario social en el que se tejió la trama de su elaboración. Fue en ese crisol que se produjo el *Pharmakon*, la alquimia de la forja de la *Racionalidad Ambiental*, un enigma que para descifrarlo hay que recurrir a un breve anecdotario de mi vida.

Para empezar, debo decir que, desde muy temprana edad, y sobre todo en mis estudios de bachillerato, en la preparatoria, mi materia favorita era la filosofía; y desde ahí empezó a manifestarse algo que podríamos calificar freudianamente como una “pulsión epistemofílica”. Se podría traducir en términos más comunes como lo que en algún momento Marcuse enunció como una “necesidad de emancipación”. Estamos hablando de una necesidad de comprender nuestro mundo de vida, nuestra existencia misma. Digo esto porque esa es la pulsión que latía en mi desde entonces de maneras muy subrepticias, muy poco conscientes. Esta pulsión es la que alimentaría las inquietudes que me llevarían unos años después, durante mis estudios universitarios, a actuar como representante alumno de mi Facultad de Química en el Consejo Universitario de la UNAM, y unos meses después, ante el Consejo Nacional de Huelga durante el Movimiento Estudiantil de 1968. Mi vivencia en ese acontecimiento social implicó una revolución interna que conmovió mi existencia y me impulsó a dejar la protección de mi medio familiar al terminar la carrera ese mismo año para ir a Francia a hacer un posgrado, ya no en el campo de la técnica siguiendo mis estudios de licenciatura en Ingeniería Química, sino en economía del desarrollo, abriéndome al mundo social. Fue así que aterricé en París en 1969, al final de esa década de explosión de un pensamiento muy creativo y cuestionador de la modernidad —el estructuralismo crítico francés— en el cual me zambullí cargado de la impronta del Movimiento del 68, conjugándose los ánimos de la revolución interna de mi primera juventud con el pensamiento crítico de la sociedad en ese momento histórico de procesos emancipatorios.

Entre la multiplicidad de seminarios a los que acudía durante mi estancia en París, movido por mi inquietud por comprender los hechos sociales, económicos y culturales de esos años, seguí el de Ignacy

Sachs sobre políticas científicas y tecnológicas en el desarrollo económico, que se inscribía en el campo de un cierto desarrollismo crítico que anticipara a la Conferencia de Estocolmo de 1972 sobre Medio Ambiente. Ignacy Sachs ocupó un lugar central en la preparación de esa conferencia, llevando sus reflexiones a su seminario. Fue así como fui atraído por el discurso emergente del “ecodesarrollo” dándose las condiciones para el encuentro de mi pulsión epistemofílica con la crisis ambiental que irrumpe en ese momento de la historia. Y es ahí donde la cuestión ambiental se convierte en la temática central a la cual he dedicado mi pensamiento a lo largo de más de cincuenta años, como la marca de un destino de mi vida. Debo decir también que, desde un inicio me inscribí en esta temática de manera muy crítica, porque lo que estaba en el fondo de ese impulso por pensar mi mundo de vida no era la necesidad de inscribirme en un paradigma o en un esquema de pensamiento (ni de Sachs, ni de Marx, ni de Althusser, ni de Foucault). La cuestión ambiental se presentó como la plataforma para desplegar una necesidad de comprender la vida y mi propia vida; lo que me llevaría a una aventura infinita rompiendo todos los paradigmas que se presentaban como esquemas para la resolución de sus enigmas. No puedo pensarlo de otra manera. Mario Núñez, un gran amigo con quien compartimos el Movimiento del 68, supo captar esa impronta de mi pensamiento. Mario dice que, ante mi lectura de cualquier teoría, mi respuesta es: “sí, pero...”. En ese *sí, pero* gobierna un imperativo de demarcación de cualquier idea totalitaria, de cualquier comprensión definitiva sobre la condición de nuestro mundo: una disposición que deja el saber en suspenso.

Otras circunstancias se sumaron para sellar la cuestión ambiental como el proyecto central de mi vida intelectual. Al volver a México para iniciar mi carrera académica en la UNAM en 1973, al final de mis estudios de doctorado en París, cuando fui contratado como asesor del rector Guillermo Soberón, en tanto que redactaba la tesis del doctorado, me fue asignado un cubículo en el Centro de Ciencias del Mar y Limnología, junto al Instituto de Biología, lo cual propició una serie de conversaciones con los ecólogos mexicanos. En esos momentos, entre mis lecturas sobre ecología me encontré con los aportes del Primer Congreso Mundial sobre Ecología en 1974, donde me impresionan las ideas e informaciones sobre la productividad ecológica del planeta. Estas lecturas son los que condujeron mis primeras reflexiones teóricas hacia la crítica del discurso del ecodesarrollo, a pensarla no como la internalización de una nueva “dimensión” del desarrollo, sino como la contradicción entre Ecología y Capital. Desde mi primer texto publicado en 1975 titulado “Hacia un proyecto de ecodesarrollo”, propuse pensar el ecodesarrollo en términos de productividad ecotecnológica, lo que abría el camino para construir

un nuevo paradigma bioeconómico fundado en la potencia ecológica y en las condiciones de resiliencia ecológica. Entonces sí, podemos afirmar que, en mi caso, como en toda producción intelectual, se conjugó una serie de circunstancias que fueron marcando pautas, rompiendo esquemas y abriendo mi pensamiento hacia las temáticas y problemáticas que han configurado la obra que lleva mi nombre sobre la cuestión ambiental.

*D. F.: Bueno Enrique, yo había preparado aquí algunas cuestiones que creo que se interponen o se superponen, voy a juntar dos de ellas para que tú puedas seguir con tus evaluaciones y tus interpretaciones.*

*En paralelo con la obra de Edgar Morin, que parte de la filosofía y se dirige hacia la biología sistémica, evolutiva y auto organizativa, tú, al contrario, tomas el camino opuesto, partiendo de las ciencias naturales hacia la filosofía. Yo te preguntaría a ese nivel ¿Qué implicaciones teóricas y epistémicas tuvo este movimiento que hiciste? Dado que, al sentarse las bases de tu proyecto intelectual, se ha abierto un intenso debate en la filosofía de la ciencia, el marxismo, la antropología, las teorías estructuralistas y posestructuralistas. Algo de esto ya mencionaste con tu inmersión en Francia, entonces no sé si quieres profundizar algo a ese nivel...*

E. L.: Creo que vale la pena profundizar el abordaje epistemológico sobre la cuestión ambiental. Tú contrastas mi trayectoria epistemológica con la de Edgar Morin, sugiriendo que el gran pensador de la complejidad va de la filosofía a la ecología o a la ciencia, en tanto que yo lo hago en sentido inverso, de las ciencias hacia la filosofía. Yo no estaría totalmente de acuerdo con esa visión de mi trayectoria epistemológica. Ciertamente pudieron haberme servido mis estudios de ingeniería química para entender la ley de la entropía, pero mi comprensión de esta “ley límite de la naturaleza” no surgió de las indagatorias paradigmáticas de la ciencia, en el sentido popperiano de una “lógica del descubrimiento científico”, sino como una “estrategia de poder en el saber” enmarcada en el régimen tecnoeconómico del Capital para optimizar los procesos productivos. Mi comprensión de la entropía no se ajusta a la axiomática de la termodinámica en los desarrollos de esta ciencia. Solo desde mis lecturas de *El Capital* durante mi estancia en París pude entender que la ley de la entropía era hija del capitalismo porque era la necesidad de re-elevar la tasa de ganancia a través de una mayor eficiencia termodinámica de los procesos productivos. Ahí se conectaba la comprensión de las determinaciones sociales del conocimiento desde el marxismo con la comprensión de las condiciones de la naturaleza que marca la ley de la entropía. Lo mismo puedo decir sobre mi comprensión crítica del conocimiento que aporta la ecología al tratamiento de la cuestión ambiental, de manera que la epistemología

ambiental evita absorberse en las visiones de las teorías de sistemas o del ecologismo como ideología teórica en boga en estos tiempos. De manera análoga me he demarcado de los esquemas críticos de las ciencias sociales —de las narrativas de la modernización reflexiva, de constructivismo y la fenomenología de la naturaleza.

En síntesis, podría afirmar que mi pulsión epistemológica rechaza todo pensamiento en busca de un paradigma omnicompreensivo, todo saber holístico, toda “verdad del Ser”. A lo largo de mi trayectoria he sido crítico de toda transdisciplinariedad tendiente a expandir un paradigma y volverlo un saber totalitario. Por ello, no tardaron en manifestarse mis diferencias con el gran pensador Edgar Morin, a quien he estimado y apreciado enormemente por su gran influencia para romper con las axiomáticas fragmentarias de la ciencia, pero que no evitó la atracción que ejerció en su pensamiento el ecologismo como una ideología teórica al reclamar la necesidad de un giro epistémico hacia una “ecología generalizada” en su segundo tomo de *La Méthode*, una idea de que podría declinar hacia un pensamiento totalitario. Yo he cuestionado radicalmente cualquier totalización del saber, como la que hoy pudieran estar en germen en las ciencias de la complejidad o incluso la bio-termodinámica de la vida al pretender extender su objeto de conocimiento para comprender el funcionamiento del proceso económico y los procesos sociales.

Esa disposición teórica me llevó a leer a Althusser en mis tiempos parisinos, y a plasmar mi crítica epistemológica de la cuestión ambiental desde uno de mis primeros textos, “Sobre la *Articulación de las Ciencias en la Relación Sociedad-Naturaleza*”, el cual, siendo un texto muy “althusseriano”, también termina siendo crítico del esquematismo teórico de Althusser. Todo esto para decir que, justamente, mi trayectoria en torno a la cuestión ambiental no es una visión que parte de la termodinámica o de la técnica para llevarla al mundo filosófico y social. Ahí se van articulando de manera crítica paradigmas, teorías y discursos sobre las diferentes dimensiones del pensamiento que no se saldan en las intenciones y pretensiones de interdisciplinariedad y transdisciplinariedad como fueron formuladas incluso por Edgar Morin, sino que llevan a explorar otras fuentes teóricas filosóficas, como las “estrategias de poder en el saber” de Foucault, la “ontología de la diversidad” de Deleuze, el “principio de *diféranca*” de Derrida y la “ética de la otredad” de Levinas, que impulsaron mi pensamiento hacia otros modos de comprensión de la crisis ambiental y de las condiciones de la vida. Tal vez podríamos definir esta trayectoria como una desterritorialización de lo mejor del pensamiento europeo, que me llevó a confrontar a grandes figuras intelectuales, como Habermas y Heidegger, para resignificar el pensamiento postestructuralista y deconstruccionista, y arraigarla en los territorios de vida del Sur.

*D. F.: Podemos ir un poco en esa perspectiva de cómo se entreteje la producción de tus trabajos con lo que va pasando en la realidad. En la década del 80 el Informe Brundtland lanzó el mantra del “desarrollo sostenible” que desencadenó diversas respuestas de distintos y diferentes actores sociales preparando el terreno para Río 92, donde chocaron diferentes y opuestas visiones sobre cómo abordar el problema de la sostenibilidad de las sociedades. Tu libro Ecología y Capital, publicado en 1986, antes del Informe Brundtland fue fundamental para ejercer su crítica. Con el subtítulo “Hacia una perspectiva ambiental del desarrollo”, ya anticipabas las cuestiones centrales sobre el sentido crítico y el alcance de estos temas, lo que te llevó a ampliar el debate incorporando la cuestión de la cultura desde la perspectiva de la ecología política y los actores centrales ahora designados y visibilizados como Pueblos de la Tierra. En ese sentido, Enrique, sería prácticamente imposible para quien lee tus trabajos olvidarse de pensar estos problemas fuera de la elaboración del concepto de racionalidad ambiental y diálogo de saberes que ya los anticipaste desde la década del 90. ¿Podrías explicar cómo se produjo esta simbiosis para que uno pueda entender hacia dónde va tu pensamiento?*

E. L.: Efectivamente, el Informe Brundtland publicado en 1987 fue un detonador del debate sobre la sustentabilidad, pero también un texto que nos permite entender la manera como el *establishment* ha recibido y respondido al shock que implicó para la humanidad la publicación de *Los límites del crecimiento*, publicado en 1972, y la irrupción de la cuestión ambiental como una crítica radical a la incomprensión de la humanidad del proceso civilizatorio del Antropoceno, que culmina en el Capitalocono en un régimen tecno-económico insostenible, en la racionalidad de la modernidad que atenta contra la sustentabilidad de la vida en el planeta. La Cumbre de Estocolmo abrió una crítica radical sobre las fallas históricas de la humanidad en su incomprensión de las condiciones de la vida. Por ello, la crisis ambiental se manifiesta como una crisis civilizatoria. Sin embargo, el eje que tomó predominancia en este llamado a la humanidad a responder ante la crisis ambiental fue la resistencia de la racionalidad económica misma, desde la cual se desplegó una verdadera estrategia de poder en la configuración del discurso emergente sobre el “desarrollo sostenible”. El Informe Brundtland fue funcional en la elaboración de una estrategia conceptual para asimilar el shock de la crisis ambiental y absorberlo dentro de una simulación gatopardista: cambiarlo todo para que todo siga igual. El Informe Brundtland abrió el camino para la Agenda 21 en Río 92, donde se diseñaron los principios que fueron configurando el discurso y la geopolítica del desarrollo sostenible.

Eso me llevó a diferenciar el concepto de “sustentabilidad”, en el sentido de las condiciones ecológicas que dan soporte al proceso económico, o como podría entenderse desde los principios de una racionalidad ambiental, del concepto de “sostenibilidad”, tan fácilmente manipulable en varios idiomas donde no existe una diferenciación conceptual del término anglosajón *sustainability* que no distingue el conflicto entre los dos órdenes ontológicos que entran allí en controversia y disputa: el del Capital o el de la Vida. La geopolítica del “desarrollo sostenible” fue generando una estrategia simbólica y discursiva de la que surgieron las ideas de la economía verde y el mecanismo de desarrollo limpio. Las simulaciones y simulacros que generó ese discurso llevan más de 50 años implementando falsas soluciones, con la pretensión de responder a la problemática socioambiental, que no se ha controlado y que se sigue extendiendo y exacerbando. Todo esto me fue llevando a radicalizar mis indagatorias sobre esta problemática y a desentrañar dimensiones más amplias de su génesis histórica desde las fuentes del pensamiento occidental. Es decir, a explorar cómo se fueron configurando los esquemas de racionalidad de la modernidad y cómo tienen atrapado al mundo y las mentes de la humanidad, no solo del sujeto ciudadano que no alcanza a comprender la complejidad ambiental, sino de los tomadores de decisiones. La lógica de este régimen tecno-económico domina al mundo por encima de la capacidad de comprensión y la voluntad de decisión de las grandes potencias y de los jefes de Estado que se presentan como actores prepotentes, autárquicos, dominantes; como jefes soberanos del planeta, pero que, en realidad, son títeres de una lógica suprema que actúa desde esta racionalidad que domina un proceso de acumulación destructiva y por desposesión del capital que parece haber rebasado las capacidades de la humanidad para responder por la vida en el planeta.

*D. F.: Bueno Enrique, voy a hacer un breve comentario sobre algunos aspectos de tránsito en tus obras, porque el tiempo también es muy corto para nosotros. Podríamos quedarnos horas aquí hablando de ello. Para que después finalmente te haga una pregunta sobre tu último trabajo que estás preparando. Mi comentario pasa por una evaluación de tu proyecto intelectual que no se limita simplemente a estas preguntas que yo te presenté. Y que, si bien cuestionan los límites disciplinarios e interdisciplinarios para traducir la complejidad del debate en tus escritos posteriores, como La apuesta por la vida, El fuego de la vida, El conflicto de la vida, donde planteas otras estrategias interpretativas para contraponer la vida y su significado a su olvido por la abrumadora modernidad del capital. Mi pregunta va un poco en esa dirección, pero desafortunadamente no tenemos mucho tiempo y quisiera pasar a tu último trabajo que reúne un conjunto de textos que*

*sintetizan en gran medida tu trayectoria intelectual. Los lectores interesados en tu obra, así como los diversos actores sociales que interactúan con ella, tendrán una magnífica oportunidad de acceder a la antología publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de UNAM que reúne textos principales en torno a diez ejes temáticos que sintetizan tu pensamiento. Te pregunto qué significado tiene para ti este recorrido vital y esta creación intelectual y qué presagias para tus proyectos.*

E. L.: Bueno, trataré de responder una vez más sintéticamente. Tocas un punto importante al mencionar ese giro en mis estrategias discursivas o en mi comprensión de la cuestión ambiental, que pasa de pensar el ambiente como concepto fundamental para deconstruir el concepto de sustentabilidad desde el logocentrismo de la ciencia, para poner la VIDA en el centro mismo de mi reflexión. La radicalización de la crisis socioambiental llama a pensar la injusticia hacia la vida, que fue generada por las maneras como las configuraciones del orden simbólico —del logos humano, la ratio medieval, el cogito cartesiano y la racionalidad de la modernidad— terminaron por generar modos de intervención sobre los procesos de la vida en el planeta, que han venido desquiciando el comportamiento de la biosfera. Eso llevó, en un primer momento, a pensar el ambiente como un campo de externalidad de la lógica económica y cómo internalizar esa externalidad en la lógica misma de la economía. A esa visión respondí afirmando que la crisis ambiental no era una crisis propiamente ecológica, una falla del mundo de afuera, de algo que es “externo” y que hay que internalizar a un mundo normalizado. Aunque el concepto de ambiente llegó a ser efectivamente mi concepto más crítico, llegando a pensarlo como *la otredad radical del logocentrismo de la ciencia*, no acababa siendo suficiente. De ahí se produjo el vuelco para pensar la cuestión ambiental en términos del olvido de la vida y para poner en el centro de la reflexión la incompreensión de las condiciones de la vida. Este giro empieza a esbozarse en el *Manifiesto por la Vida* que nace de una reunión de pensadores latinoamericanos para llevar un posicionamiento de la intelectualidad crítica de América Latina a la Cumbre de Johannesburgo en 2002. Los debates de esa reunión sobre ética de la vida se plasmaron en mi libro *Ética, vida, sustentabilidad* y, de manera sintética, en el “Manifiesto por la Vida, hacia una ética de la sustentabilidad”. La Vida empezó a ocupar el centro de la reflexión. En ese giro, nuevamente jugaron factores personales, subjetivos, experiencias de vida que no podré relatar aquí, que me llevaron a poner el enigma de la vida en el centro de la reflexión, desembocando en los títulos más recientes de mis libros: *La apuesta por la vida*, *El fuego de la vida* y *El conflicto de la vida*.

Estos textos abren una serie de cuestionamientos sobre lo impensado de la vida y, por impensadas, las causas metafísicas y ontológicas de la degradación de la vida en sus diversas manifestaciones. Estos cuestionamientos remiten a los tres ejes que sostienen la categoría disyuntiva de racionalidad ambiental, que no es otra racionalidad configurada en el logos humano, sino que remite, en primer lugar, al principio de la diversidad misma de la vida, aquello que está inscrito en la Physis, en la potencia emergencial de todo lo que existe, y a entenderlo como una condición de lo Real de la Vida. Segundo, la política de la diferencia, entendida como una norma jurídica que debe instituir la humanidad para darle lugar a la coexistencia de la diversidad de la vida: la biodiversidad y la diversidad cultural de la humanidad. Y tercero, lo más impensado y lo más impracticado en la convivencia humana: la ética de la otredad, que implica aprender a vivir con la otredad que nos habita, la otredad como la incompreensión de los otros modos de vida que no logra captar mi psique, que no articulan mis razones, pero que tienen derecho existencial. Esos son los tres ejes que sostienen la categoría disyuntiva de racionalidad ambiental, los principios vitales de los que la humanidad ha estado ajena a través de la historia de la metafísica. Todo esto abre un mundo de cuestiones a ser pensadas, practicadas, instrumentadas en nuevas maneras de conducir los modos de convivir y de habitar el planeta en las condiciones termodinámicas, ecológicas, simbólicas, culturales e inconscientes de la vida. La racionalidad ambiental busca incorporar en la existencia humana todas esas condiciones que operan en el devenir de la vida, pero que han sido “olvidadas” por la intervención del orden simbólico de la vida, que desde el *Eidos* platónico y el Cogito cartesiano condujeron a la arrogancia del Iluminismo de la Razón, que al desconocer esas condiciones de la vida han desquiciado el metabolismo de la biosfera, destinando la vida hacia la muerte entrópica del planeta.

En este sentido, la racionalidad ambiental lleva a entender cómo las condiciones para la convivencia y la sustentabilidad de la vida —la justicia hacia la vida— conduce a refundar el proceso económico, que no es “ecologizable”, porque no hay manera de contener la pulsión ecocida —la “manía de crecimiento”, como la llamaba Herman Daly— que está instituida en la constitución ontológica de la racionalidad económica. Por ello es imperativo construir una verdadera bioeconomía —que no podría ser un “capitalismo verde”, sino una economía fundada en el potencial productivo mismo de la naturaleza, en la productividad neguentrópica y la resiliencia de los ecosistemas; y en los modos de comprensión de la vida, de la diversidad cultural que habita los territorios de vida de este planeta.

La racionalidad ambiental abre a una nueva cosmopolítica capaz de integrar los principios de diversidad, diferencia y otredad de

manera fundamental y radical, lo cual conduce a la refundación del orden jurídico. Pues no hay manera de dirimir los conflictos socioambientales que hoy amenazan la vida de los Pueblos de la Tierra ante el expansionismo del Capital, sin una nueva jurisprudencia y un nuevo paradigma jurídico capaces de tutelar y defender los derechos comunes de los pueblos y de la humanidad a los bienes comunes de la humanidad. Esa es una falta de los Estados nacionales y de la humanidad que debe llevar a instituir un nuevo orden jurídico para la justicia de la vida en el planeta Tierra. Este desafío llama a pensar cuestiones que han quedado inexploradas en la filosofía de la ciencia, en el campo de las ciencias de la cognición y del inconsciente humano. La humanidad habrá de asomarse a descifrar cómo las fuerzas cósmicas que llevaron a la evolución creativa de la vida, que están inscritas de maneras muy enigmáticas en nuestras mentes y en nuestros cuerpos, en los modos de percepción y de cognición de la vida, se han configurado en la mente y en el inconsciente humano. No basta para ello la teoría lacaniana del inconsciente ni las teorías de la racionalidad de la modernidad. Será necesario seguir abriendo la mente y la sensibilidad humana para entender las otras configuraciones de la significancia de la vida que acicatean las pulsiones, las razones y los procesos de la vida. No basta con reducirlo a las pulsiones freudianas de vida. Hay que recomponer el erotismo de la vida y entender de dónde emergen los impulsos tanáticos, las pulsiones de muerte que nos habitan, pero que la humanidad no ha logrado contener con los regímenes jurídicos y políticos, con el conocimiento institucionalizado que mal gobierna al mundo. No entendemos por qué la sociedad genera tantos homicidios y feminicidios; cuál es el sinsentido que impulsa a los seres humanos a la degradación moral que lleva al crimen organizado a desaparecer a la gente, a desollar sin piedad los cuerpos humanos emulando los peores crímenes de lesa humanidad del Holocausto. Como dice el psicoanálisis, se trata del goce puro, el goce de la destrucción de la vida y de la humanidad, la deshumanización del mundo. Para resolver esos flagelos de la vida humana, la humanidad tiene que pasar por una recomposición de la condición humana y de las condiciones de la vida en el planeta. No son cuestiones que pueda resolver una persona, sino que tienen que tocar el ánimo de la humanidad para aprender a vivir en las condiciones de la vida.

*D. F.: Para esto y todo lo demás yo invito a los lectores que visiten la recién lanzada Antología de tu obra, que sintetiza estos problemas generados por el Capitaloceno y otras maldades humanas.*

E. L.: Gracias, Dimas. Aprovecho para agradecerle públicamente que hayas querido compilar y coordinar esa obra que recoge 27 textos publicados a lo largo de esta trayectoria de 50 años y que, reunidos bajo diez grandes

temáticas, van desglosando y desbrozando las diversas vertientes del prisma que se fue abriendo desde aquello que llamaba a pensar lo impensado de la cuestión ambiental. Creo que en la antología quedó plasmada una significativa compilación de esas trayectorias que servirán para que quien esté interesado en sus distintas problemáticas pueda profundizar yendo a las fuentes más amplias, que son los propios libros de donde fueron extraídos algunos capítulos. Ahí ha quedado recopilado este material, en un solo tomo de acceso libre para todas y todos quienes tengan interés en zambullirse en las honduras y los enigmas, en las negritudes y en las luces de la cuestión ambiental que aqueja a nuestra humanidad, de esta pasión por pensar la vida que nos ha tocado vivir y responder, en nuestro tiempo histórico de vida.

*D. F.: Bueno, querido Enrique, entonces queremos agradecerte la oportunidad de esta entrevista y tu disposición a concederla, y agradecer a CLACSO por el espacio brindado en su revista Tramas y Redes. Muchísimas gracias.*

E. L.: Yo agradezco infinitamente a CLACSO y a mi querido amigo Dimas Floriani la oportunidad que me han ofrecido para manifestar mis pulsiones de vida, aquellas que me llevaron a poder articular de esta manera un pensamiento que, esperemos, toque las vidas y los corazones de muchas y muchos latinoamericanos y la gente del mundo entero, para que la humanidad pueda responder a este gran desafío que pone en cuestión la capacidad humana para asumir nuestra responsabilidad sobre los destinos de la vida en este planeta; para aprender a vivir en las condiciones de la vida. Gracias a la vida.

Esta entrevista puede consultarse en formato video en el micrositio web de la revista: <https://www.clacso.org/tramas-y-redes/>

---

### **Enrique Leff**

es uno de los principales autores de la teoría y praxis del ambientalismo crítico en México, América Latina y a nivel internacional. Doctorado en Economía del Desarrollo en la Universidad Paris I-Sorbonne (1975) y en Filosofía de la Ciencia, UNAM (2017), es Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Sociales y del Sistema Nacional de Investigadores de México.

---

### **Dimas Floriani**

es doctor en Sociología por la UCL de Bélgica (1991). Posee posdoctorado en PNUMA y El Colegio de México (2002). Es profesor titular senior de los posgrados en Medio Ambiente y Desarrollo y en Sociología, UFPR, Brasil. Es profesor visitante en CEDER ULagos, Chile, y colaborador en UNESC, Criciúma, Brasil. Es investigador del CNPq, Brasil.